

“Regresando a la adoración en el espíritu de San Francisco”

Homilía para la Solemnidad de San Francisco de Asís

Catedral de Santa María, 2020

Introducción

Hace 794 años esta noche, también un sábado por la noche, nuestro patrón celestial, San Francisco de Asís, recibió a la Hermana Muerte y realizó su *transitus*, pasando de esta vida a la siguiente. Que Francisco falleciera en el momento del amanecer del día del Señor, el Sábado, no es, creo, una coincidencia.

Celo por nuestro Señor Eucarístico

Francisco es famoso por muchas cosas, pero aquella por la que era más celoso a menudo se pasa por alto: la adoración digna y adecuada al único y verdadero Dios, y la reverencia por el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Francisco abrazó “Doña Pobreza” con el propósito de honrar a quien se hizo pobre por nosotros y ofreció su vida por nosotros en la Cruz, haciendo presente ese sacrificio en la Santísima Eucaristía. Honrarlo significaba para él darle al Santísimo Sacramento del Altar la mayor reverencia posible. E incluso en su época, faltaba tal reverencia.

Se cuenta la historia de que Francisco tenía la intención de visitar Francia, donde su contemporáneo Santo Domingo estaba predicando, y donde la Sagrada Eucaristía era debidamente venerada. Cuando eso no pudo materializarse, se motivó

a escribir una carta al clero sobre este tema, la primera carta suya que tenemos. Su lenguaje es directo y contundente. Expresa indignación por el “gran pecado y la ignorancia que algunos tienen hacia el Santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo”. Para él, todo lo que tenga que ver con el tratamiento del Santísimo Sacramento y la celebración de la Misa tenía que ser lo mejor que pudiéramos ofrecer: digno, limpio, bello, preciso. Escribe: “Que todos los que administran tan santos misterios, especialmente los que los administran ilícitamente, consideren cuán sucios están los cálices, corporales y manteles de altar sobre los que se sacrifica su Cuerpo y su Sangre. Se coloca en muchos lugares sucios, se transporta de manera impropia y se ministra a otros sin cuidado.”¹

Tampoco se trataba de una especie de paso momentáneo fuera de lugar; más bien, este celo por el Santísimo Sacramento y el debido respeto por él marcó toda su vida, hasta el final. De hecho, en lo que fue esencialmente su discurso público de despedida, su “Carta a toda la Orden” hacia el final de su vida en esta tierra, la primera prioridad que le preocupaba era, nuevamente, la debida reverencia al Santísimo Sacramento y el mayor cuidado con el que los sacerdotes deben celebrar la Misa. Instó esto a los sacerdotes en términos inequívocos; de hecho, fue bastante duro en su lenguaje, llegando incluso a decir que los sacerdotes que celebran la Misa indignamente están “condenados y malditos”. Es así que, al final de su vida, el

¹ Augustine Thompson, “Francis of Assisi, A New Biography,” Cornell University Press (2012), Ithaca and London, p. 61.

mensaje final que dejó a sus seguidores, el tema que encontró más urgente, no fue la obediencia ni siquiera la pobreza, sino la debida reverencia al Santísimo Sacramento.²

Viviendo el Espíritu de San Francisco aquí y ahora

Este regalo de San Francisco para nosotros es muy actual. Hacemos bien en reflexionar sobre ello, ya que ahora volvemos a la adoración al interior del templo. Cuán agradecidos estamos, pero no puedo enfatizar lo suficiente que debemos continuar ejerciendo una ciudadanía responsable y seguir los protocolos de seguridad de la Arquidiócesis al adorar. Se ha demostrado que estos protocolos son efectivos, pero, por supuesto, ¡solo cuando se siguen! Gracias por la responsabilidad que ejercen para asegurar que todos permanezcan seguros y sanos mientras nos regocijamos en dar honor y gloria a Dios juntos.

Sin embargo, la pregunta que debemos hacernos ahora es: ¿cómo hemos cambiado durante este período de privación eucarística? Debemos admitir que en nuestro propio tiempo, también, las actitudes y comportamientos hacia el Santísimo Sacramento se han vuelto muy laxos, e incluso irrespetuosos. Esto no es infrecuente. ¿Hemos aceptado este ayuno de la Eucaristía como una oportunidad que Dios nos ha dado para renovar nuestra devoción y amor por el sacramento? ¿Estaremos dispuestos a expresar eso de maneras concretas tanto grandes como pequeñas: nuestra

² Thompson, pp. 119-120.

manera de vestir, mantener un silencio orante en presencia del Santísimo Sacramento incluso cuando está reservado dentro del sagrario, pasar tiempo en oración antes y después de la Misa y abstenernos de charlar con los que nos rodean? ¿Vamos a poner más atención a nuestra preparación para recibir dignamente el Santísimo Sacramento, para estar tan bien dispuestos como podamos? Frecuentar el sacramento de la Penitencia, rezar durante toda la semana, adorar a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Quizás nuestros tiempos no sean tan diferentes a los de San Francisco, ya que nos hemos vuelto desatendidos a la vestimenta dominical adecuada, al silencio de oración y a la atención a recibir dignamente.

Algunas personas pueden pensar que tales consideraciones ya no son realistas, no son prácticas. Aquí nuevamente, no estamos lejos de los tiempos y la experiencia de nuestro amado santo patrón. En el primer capítulo general de la nueva Orden en 1217, ya había un movimiento para disminuir la pobreza austera a la que Francisco se había comprometido. Hubo agitación por el cambio en la afirmación de que la regla de su Orden tenía que ser – sí, ahí está – más práctica. Francisco, por supuesto, estaba indignado y no quería nada de eso. No comprometería su respuesta al llamado del Señor a vivir el camino de la sencillez y la humildad.³

Después de la Misa, mientras continuamos con la Reunión del Rosario (“Rosary Rally”), ofreceré una oración de renovación de nuestra consagración al

³ Herbert J. Thurston, S.J. and Donald Attwater, edd, “Butler’s Lives of the Saints,” vol. IV, Christian Classics, Inc. (1981), Westminster, MD, p. 27.

Inmaculado Corazón de María. Renovar nuestra consagración significa volver a centrar nuestra atención en *vivir la consagración*. Para nosotros aquí y ahora, para vivir el espíritu de San Francisco debemos comenzar y perseverar siempre: en la oración, especialmente el rosario diario y el rosario familiar al menos una vez por semana; en adoración a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, pasando al menos una hora a la semana en su presencia eucarística; y en actos de penitencia, especialmente ayunando los viernes y confesándose frecuentemente.

Reforma y Comuni3n

Hay un aspecto más de la vida de San Francisco que nos sirve hoy como otra lección muy valiosa. No es ningún secreto que en la época de Francisco había mucha corrupción en la Iglesia, especialmente entre el clero. Lamentablemente, esta corrupción no ha sido ajena a la Iglesia a lo largo de su historia. “Francisco, reconstruye mi casa” fue el mensaje que recibió de nuestro Señor en San Damián. Francisco es quizás más conocido como reformador. Y fue un reformador exitoso porque preservó la comuni3n con la Iglesia. Algunos reformadores intentan hacer esto por su cuenta, creando movimientos aparte de la Iglesia o intentando recrear la Iglesia con una nueva idea. Eso nunca funciona. La verdadera obra de reforma comienza dentro: dentro de cada alma y dentro del corazón de la Iglesia.

Por más duro que Francisco pudiera ser en su crítica del clero, siempre mantuvo una gran reverencia por los sacerdotes. Para él era la vocación más alta posible, y le gustaba besar la mano del sacerdote como gesto de respeto a la mano que consagra el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor. Nunca vaciló en su obediencia, no importa cuán duro. De hecho, la razón por la que no pudo hacer ese viaje a Francia fue porque el representante del Papa en Toscana, el Cardenal Hugolino de Ostia, le ordenó permanecer en Asís. Francisco había querido ir a las misiones extranjeras, pero el cardenal reconoció la promesa del nuevo movimiento de Francisco y que su liderazgo era indispensable para su crecimiento. Francisco estaba molesto por esta orden y pidió un cambio de opinión; insistió en que debía irse, pero el cardenal se quedó firme con su orden y al final Francisco obedeció.⁴ Y la reforma de la Iglesia a través de la santidad de San Francisco se extendió por Asís y más allá, incluso hasta nuestro tiempo, y este lugar, donde San Francisco sigue siendo amado. Amado, pero ¿respondemos al gran llamado del Santo?

Quizás nuestra época no sea tan diferente. Entonces, nuestra respuesta tampoco debe ser diferente a la de San Francisco. En un momento de intensas y amargas luchas internas, de escándalos, de oposición entre facciones en guerra dentro de la Iglesia y de divisiones entre obispos, sacerdotes y fieles laicos, la tentación es criticar y hacer las cosas a nuestra manera. Eso es precisamente lo que quiere el

⁴ Thompson, p. 60.

diablo. Él es el gran divisor: dividir y vencer. En cambio, tomemos nuestro ejemplo del pobre de Asís y procuremos el trabajo interior: oración, ayuno, amor y respeto al Santísimo Sacramento, abrazando y sirviendo a los pobres.

Conclusión

Esto es lo que llevó a San Francisco a identificarse tanto con Cristo que literalmente llevaba las marcas de las heridas de Cristo en su cuerpo, los estigmas, aquello a lo que San Pablo se refiere en su carta a los Gálatas cuando dice, “llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús”. Estas son las marcas que señalan que uno le pertenece a Cristo. Si bien pocos reciben el raro regalo de los estigmas que conllevan tanto dolor, todos podemos recibir con voluntad el dolor que Dios nos da por nuestra fidelidad a Él.

Este es el verdadero trabajo de reforma; esto es lo que reconstruye la casa de Dios.